

homenajes del universo tenia los aplausos de algunos mil insulares viviendo de la pesca y del trabajo de las minas! ¡Vana y cruel comedia de las cosas humanas! ¡Napoleon, emperador del grande imperio, que se habia extendido desde Roma hasta Lubeck, Napoleon era hoy el monarca aplaudido de la isla de Elba!

CONCLUSION.

Al ver acabar tan desastrosamente este reinado prodigioso, á la mente se agolpan las reflexiones sugeridas por la magnitud, la abundancia y el extraño carácter de los sucesos. Apuntémoslas antes de cerrar este relato para nuestra instruccion y para la de los siglos futuros.

Habiendo cesado de ser sanguinario sin cesar de ser perseguidor el gobierno republicano de 1795, impuso la paz á España, á Prusia, á la Alemania del Norte, y seguia comprometido en una guerra lenta con Austria, obstinada con Inglaterra, que se sostenia, digámoslo así, por costumbre, con soldados admirables y generales excelentes si bien desunidos, cuando apareció de súbito en el ejército de los Alpes un joven oficial de artilleria, de pequeña estatura, de rostro adusto aunque soberbio, de carácter singular aunque digno de nota; ora taciturno, ora pródigo de palabras; desgraciado un momento por la república y relegado entonces á las

oficinas del Directorio, donde llamó la atención por sus opiniones juiciosas y profundas á cada accidente de la guerra, lo cual valióle el mando de París en la jornada del 43 de vendimiario, y muy luego el mando de las tropas de Italia. Al aparecer otra vez en medio de ellas como general en jefe, dió súbito un extraordinario impulso á los sucesos; cruzó los Alpes, cuando hasta entonces no se habia hecho mas que tocar su falda; invadió la Lombardia; atrajo allí toda la guerra; venció á los ejércitos de Austria uno tras otro; cansó su constancia; la arrancó el reconocimiento de nuestras conquistas; hasta la forzó á suscribir pérdidas inmensas para sí propia; dió así la paz al continente; y á sus actos pasmosos añadió un lenguaje completamente nuevo por su originalidad y su grandeza, lenguaje que se puede caracterizar con el nombre de elocuencia militar. ¡Imposible que al asomar este joven extraordinario como un brillante meteoro sobre aquel turbio y sangriento horizonte, no atrajerse allí todas las miradas y acabase por moverlas á encanto! Aun cuando Francia hubiera sido de hielo, como no lo fué nunca, se arrobara de fijo. Con efecto, arrobóse y el mundo á la par que ella.

Entre las naciones á las cuales habia arrojado la revolucion el guante, solo quedaba por vencer una, y era Inglaterra. Acogida á su elemento, inaccesible para nosotros al modo que para ella lo era Francia, se dijera que no podia salir ni vencida ni vencedora. Aspirando el Directorio á ocupar al conquistador de Italia, y mirándole, no solo como el mas insigne capitán del siglo, sino como al mas fecundo en recursos, le encargó superar la dificultad física que nos separaba de nuestra rival eter-

na. Nombrado el joven Bonaparte general del ejército del Océano, no hallando bastantes los aprestos hechos para atravesar el paso de Calais, y dominado por su imaginacion poderosa, quiso atacar á Inglaterra en Oriente. De resultas hizo que se determinara la expedicion de Egipto; á la vista de Nelson cruzó el Mediterráneo con quinientas velas; tomó á Malta al paso; desembarcó al pie de la columna de Pompeyo; venció á los mamelucos en las Pirámides; á los genizaros en Aboukir, y dueño de Egipto, se entregó durante algunos meses á ensueños maravillosos, que abarcaban á la par el Oriente y el Occidente. Noticioso de que á causa de su naturaleza anárquica se habia atraído el Directorio de nuevo la guerra, y que por efecto de su incapacidad la hacia torpemente, de súbito abandonó el general Bonaparte á Egipto, cruzó el mar por segunda vez, y con su aparicion repentina sorprendió y arrebató á la Francia desolada. No se manifestó mas diligente en desear el poder que Francia en ofrecérselo, pues al verle dirigir la guerra, administrar las provincias conquistadas, y manejarlo todo en suma, le reconoció por un jefe de imperio no menos que por un capitán insigne. Elevado á primer cónsul, en el espacio de dos años firmó la paz del continente en Luneville, la paz de los mares en Amiens; pacificó la Vendée; reconcilió á la Iglesia con la revolucion francesa; restauró los altares; restableció la tranquilidad en Francia y en Europa, é hizo respirar al mundo cansado de doce años desangrientas agitaciones. Revestido el año de 1802, en recompensa de tantos prodigios, con el poder por toda la vida, trabajaba con admiracion universal en reconstituir la Francia y la Europa.

¿Quién podía impedir á tal hombre permanecer en reposo y disfrutar pacíficamente de la felicidad proporcionada por tales vías á los demás y á sí propio? Algunos espíritus muy previsores, al notar su actividad devorante, sentían cierta especie de terror involuntario, pero la generación de aquella época se le sometía con plena confianza, y efectivamente, al oír á aquel jóven, difícil era dudar de su sensatez profunda. No surgía de la terrible revolución francesa ni una sola enseñanza que no hubiera penetrado en su espíritu profundamente y esparcido allí luz copiosa. No hablaba sino con horror del regicidio y de la efusión de sangre humana. De estravagantes y de odiosos calificaba los furiosos de los partidos, y quiso ponerlos término pacificando la Vendée, y abriendo las fronteras del país á los emigrados. A sus ojos la pretensión de la revolución francesa de arreglar por sí sola los asuntos de religión sin hacer caso de la autoridad pontificia, se resentía de tiránica para las conciencias, de peligrosa para el Estado, y después de entenderse con el papa, volvió á abrir los templos y asistió á misa en presencia de los revolucionarios furiosos. Aversión tenía al desorden rentístico, al papel moneda, á la bancarota, y con desprecio trataba á los aduladores del populacho que habían abolido las contribuciones indirectas. Además, siendo la guerra su arte y su gloria, se aplicó á desacreditarla en diatribas elocuentes contra Mr. Pitt, insertas en el *Monitor*, y decía que deseaba que se enviara á Mr. Pitt y á sus parciales á vivaquear sobre ensangrentados campos de batalla, ó á cruzar por medio de las tempestades del Océano día y noche para que aprendiesen lo

que era la guerra. Finalmente, le parecía escasa toda burla contra los inventores de la república universal, que aspiraban á someter la Europa á una potencia sola, y pretendían constituir la sobre un tipo imaginario sacado de su cerebro. ¿Quién tenía, pues, algo que enseñar á este jóven á quien la revolución francesa había instruido tan á maravilla? ¡Ah! se pasaba de sensato y de recto en sus pareceres cuando se trataba de juzgar las pasiones ajenas. ¿Mas qué acaecería cuando se tratara de reprimir las propias?

Por entonces nada tenía que desear el jóven cónsul, ni dejaba que desear al mundo. Su poder era ilimitado, no solo en virtud de las leyes, sino de la adhesión universal. Lo tenía por toda la vida, cosa muy bastante para un marido sin prole, á lo cual se agregaba la facultad de elegir sucesor, que le permitía arreglar lo porvenir á tenor del interés público y de sus propias afecciones. Gracias á la revolución y á este jóven, tenía Francia una posición á que jamás había llegado en el mundo, y que ni aun cuando mandara desde Cádiz hasta Lübeck había de tener ya nunca. Sus fronteras se hallaban en los Alpes, en el Rhin y el Escalda, que era cuanto podía apetecer para su seguridad, y su poderío, porque mas allá solo había adquisiciones contrarias á la naturaleza y á la verdadera política. Francia había emancipado á Italia hasta el Adige, cuidando de dar á los príncipes austriacos, dotados en este país antes, indemnizaciones en Alemania. Reconociendo la necesidad de la autoridad pontificia, con sujeción al dogma, su alta utilidad bajo el aspecto de la política, había restablecido al papa, que le debía su seguridad y que esperaba de

ella la restitucion completa de sus estados. Con prudencia desdenaba la impotente cólera de los Borbones de Nápoles. Muy atinadamente habia arreglado la situacion de Suiza. Admitiendo á la vez grandes y pequeños cantones, cantones aristocráticos y cantones democráticos, pues habia de unos y de otros; obligándoles á vivir en paz é igualdad; poniendo término á las sumisiones de clases y á las sumisiones de territorio; aplicando en suma en los Alpes los principios de 1789, sin violentar á la naturaleza invencible de suyo, Francia en su acta de mediacion dió el modelo de todas las constituciones futuras de Suiza. Especialmente en Alemania fué donde la profunda sensatez de la política consular resaltó con todo su brillo. Principes alemanes habia despojados de sus dominios de resultas de la cesion de la orilla izquierda del Rhin á Francia; principes austriacos habia despojados de su patrimonio de resultas de la emancipacion de Italia. Al primer cónsul no le habia ocurrido que se pudiera dejar sin compensacion á unos y á otros, y sin organizacion á Alemania. Ya la revolucion francesa habia erigido en principio respecto de Francia las secularizaciones por la venta de los bienes eclesiásticos, y era extenderlo y hacerlo á la par reconocer en Alemania, aplicarlo á la indemnizacion de los príncipes desposeidos. Con los restos de los estados de los arzobispos de Maguncia, de Tréveris y de Colonia, y con los de algunos otros principes eclesiásticos formó Napoleon una masa de compensacion suficiente para satisfacer á todas las familias augustas perjudicadas y para mantener en Alemania un prudente equilibrio. Despues de combinar sábiamente en la Confedera-

cion las indemnizaciones y las influencias, despues de asegurar pensiones decorosas á los príncipes eclesiásticos desposeidos, y de reflexionar su plan con madurez suma, no teniendo entonces la pretension de escribir los tratados solamente. Con la punta de su espada, asoció á su obra á Prusia por interés y á Rusia por amor propio, con estas diversas adhesiones se atrajo la de Austria, y haciendo adoptar el acta de la dieta de 1803, dió cima á una obra maestra de política paciente y profunda. Con efecto, este acta, sin comprometernos en los asuntos alemanes demasiadamente, restituia á Alemania el orden, la tranquilidad, la resignacion, y ponía la balanza de los intereses germánicos en nuestras manos. Sobre todo nos preparaba la única alianza apetecible y hacedera entonces, la de Prusia. Tan poderosa y tan temida era Francia por aquel tiempo, que la alianza de uno solo de los estados del continente le aseguraba la sumision de los demás, y sometido el continente de este modo, Inglaterra tenia que devorar en silencio la pena de ver á su rival tan grande. Ahora bien, esta alianza se podia hallar á la sazón únicamente en Prusia. Austria, habiendo perdido los Países Bajos, la Suabia, casi toda Italia y los principados eclesiásticos, que formaban su clientela en Alemania, figuraba en Europa como la gran victima de la revolucion francesa, y este era un mal inevitable. La política aconsejaba tenerla miramientos, y aun indemnizarla si era posible, mas no permitia esperar en ella ni una amiga, ni una aliada. Rusia no podia conceder su alianza sino al precio de funestas concesiones en Oriente. Respecto de ella se necesitaba cortesía, bien que sin intimidad y casi sin ne-

gocios. Así quedaba Prusia, con la que á la verdad era llano entenderse. Repleta esta potencia de bienes eclesiásticos, y anhelando tener mas, vino á ser lo que se llamaba en Francia *un comprador de bienes nacionales*. Respetándola, favoreciéndola, sin mortificacion de Austria, seguridad habia de tenerla consigo. Su rey prudente y honrado se arrobaba ante la politica del primer cónsul y solicitaba ser su amigo. Por tanto, la union con Prusia nos aseguraba la sumision del continente y la resignacion de la orgullosa Inglaterra. Con la paz de Amiens la habia arrancado el primer cónsul el reconocimiento de nuestras conquistas, sin excluir la que le era mas difícil llevar en paciencia, la de Amberes. Ya no habia que superar mas que una dificultad respecto de ella, y consistia en hacernos perdonar á fuerza de contemplaciones tanta grandeza adquirida en algunos años, y cabia en lo posible, porque los ingleses admiraban al primer cónsul con toda la vivacidad de la infamacion británica, análoga á la infamacion parisiense. Con seguridad una lisonja suya, descendiendo de la altura de su genio como del mas elevado trono, conmovia vehementemente á la altiva Inglaterra. Bien podia acontecer que no siempre se le devolviera lisonja por lisonja; mas desde la cúspide de la gloria á que habia llegado por entonces, poco le debia importar que algunos oradores ingleses, ó algunos periodistas emigrados aspiraran á dirigirle insultos, y confiadamente podia abandonar el cuidado de la venganza al mundo y á la misma nacion inglesa.

Otra potencia habia muy grande en otros tiempos, muy decaida por entonces, España, aun bajo

el cetro de los Borbones, si bien en tal estado de descomposicion y tan postrada á las plantas del primer cónsul de resultas, que para gobernarla desde París solo habia que decir una palabra al infeliz Carlos IV ó á Godoy su favorito. Aun dejando que esta descomposicion se consumara por sí misma, pronto se la veria pedir al primer cónsul, no una política, lo cual ya hacia al presente, sino un gobierno y quizá un monarca.

¿Qué tenia, pues, que desear para sí ni para Francia el venturoso mortal que figuraba como su gefe? Nada mas que seguir fiel á esta política, por ser la de la fuerza y soportable á consecuencia de la moderacion. El vencedor de Rivoli, de las Pirámides, de Marengo, tambien autor del Concordato, de los tratados de Luneville y de Amiens, del acta de la mediacion de Suiza, de la de la dieta de 1803, del Código civil, del llamamiento de los emigrados, tenia mas diversas glorias que tuvo jamás ningun hombre. Si podia faltar algun mérito al conjunto de los que ensalzaban su nombre, quizá era solo el de no haber dado la libertad á Francia. Pero entonces, lejos de ser el miedo á la libertad un pretexto para el servilismo, era un sentimiento insuperable. Para la generacion de 1808, la libertad era el cadalso, el cisma, la guerra de la Vendée, la bancarrota, la confiscacion. La única libertad de que á la sazón necesitaba Francia consistia en la moderacion de un grande hombre. Mas ¡ah! la moderacion de un grande hombre, dotado de todos los poderes, y aun cuando lo estuviera de todos los genios ¿no es la mas quimérica de todas las quimeras revolucionarias?

Hasta fuera de sazón hace falta la libertad allí

donde no existía. Este hombre, tan admirable en aquellos tiempos, se hallaba al borde de un abismo, y cabalmente porque lo podía todo. Con efecto, apenas habian pasado algunos meses de firmarse la paz de Amiens, ya entubada la alegría de los ingleses, les quedó ante los ojos, fulgurante como una luz imoportuna, la grandeza de Francia, harto poco disminuída en la persona del primer cónsul por desdichada. Algunos halagos á Mr. Fox, que habia ido á visitar á París, no impidieron que el primer cónsul tomara la actitud de soberano, y no solo combrelacion á los asuntos de Francia, sino á los de toda Europa. Su lenguaje lleno de genio y de ambición ofuscaba el orgullo de los ingleses, su actividad devorante inquietaba su reposo. Un ejército despachaba á Santo Domingo, lo cual era muy licito sin duda, pero enviaba públicamente al coronel Sebastiani á Turquía, al coronel Savary á Egipto, al coronel Decaen á la India, con misiones de observación, que difícilmente podian equivocarse con expediciones científicas. No se necesitaba tanto para despertar la desconfianza británica. Por esta época algunos emigrados, subsistentes en Inglaterra, á pesar de la gloria y de la clemencia del primer cónsul publicaban en su contra y en la de su familia varios escritos que la reprobación universal de aquel país sofocara un año antes, y que ahora sus celos imprudentemente excitados acogian con gusto, á la par que no autorizaban para prohibirlos sus leyes. Este era el caso de mostrar desde absoluto, porque á la verdad, ¿qué cumbre mas eminente que la ocupada por el primer cónsul podía existir para mirar de arriba á abajo las indignidades de la calumnia? Ah, que bajó de cúspide

tan gloriosa para escuchar á los folletistas y se abandonó á arrebatos tan violentos como indignos de su persona. ¡Ultrajarle á él, al prudente, al victorioso, qué crimen irremisible! Como si en todos los tiempos y en todos los países, libres ó avasallados, no se ultrajara al genio, á la virtud, á la beneficencia! ¡No! se necesitaba que corriera torrentes de sangre, porque folletistas habituados á injuriar á su gobierno de cotidianos se propasaban á insultar á un extranjero, grande hombre sin duda, pero hombre al cabo, y jefe de una nación rival de la nuestra.

Desde entonces fué el reto entre el guerrero, quien se habia resumido la revolución francesa, y el pueblo inglés, cuyos celos habian sido mal contemplados. Algunos días bastaban para que fuese evacuada la isla de Malta, y por una singular coincidencia acaeció que á la hora en que las pasiones británicas estaban excitadas, el ejercicio de su benéfica dictadura sobre Suiza enviara al primer cónsul un ejército á Berna. De resultas un ministerio débil, humilde servidor de las pasiones británicas, buscó aquí un pretexto para suspender la evacuación de Malta. Si el primer cónsul se mostrara paciente, ó insistiera con firmeza, si bien con dulzura, la frivolidad del motivo no permitiera diferir largo tiempo la evacuación solemnemente prometida de la gran fortaleza mediterránea. Pero experimentando á la par el primer cónsul el sentimiento del orgullo ofendido y el de la justicia vunerada, exigió el cumplimiento de los tratados, no sin decir que no habia potencia que faltara impune á la palabra dada á Francia y á su persona. Todos recuerdan la escena tristemente heroica.

con lord Whitworth y la ruptura de la paz de Amiens. Desde entonces juró el primer cónsul morir ó castigar á Inglaterra. ¡Fatal juramento! Los emigrados, nos referimos á los irreconciliables, no se limitaron á los escritos, sino que se excedieron á las conspiraciones. Descubriendo el primer cónsul con su vista penetrante las tramas no descubiertas por su policía, se echó sobre los conspiradores, y creyendo hallar príncipes entre ellos, y no pudiéndose apoderar de los verdaderos criminales, se fué á prender en plena Alemania al descendiente de los Condés, sin dársele nada del derecho de gentes. Le mandó fusilar implacable, y el severo desaprobador del 21 de enero, se acercó todo lo que pudo al regicidio, y al parecer experimentó cierta especie de satisfaccion de cometerlo á la faz de Europa, en desprecio suyo, y como arrojándola el guante. De improviso el prudente primer cónsul se transformó en un furioso, de resultas de padecer dos estravíos, el del hombre agraviado que no respira mas que venganza, y el del victorioso que se complace en desafiar á enemigos á quienes sabe que ha de vencer de fijo. Luego para mejor retar á sus contrarios, y para satisfacer de un golpe su ambicion y su ira, se ciñó la corona imperial á las sienes. Ofendida é intimidada á la vez la Europa, ya miró con nuevos ojos á Francia y su jefe. Al ruido del fusilamiento de Vincennes, Prusia, que iba á anudar una alianza formal con Francia, retrocedió de pronto, guardó silencio y renunció á una intimidad que cesaba de ser honrosa. Austria, mas calculadora, no manifestó nada, pero se valió de la ocasion para no guardar en la ejecucion del acta de 1803 ninguna mesura. Solo el joven emperador de Ru-

sia, Alejandro, muy hombre de bien y caballero, atreviése como garante de la constitucion germanica á pedir una esplicacion relativamente á la violacion del territorio bádes. Napoleon le respondió con una alusion injuriosa á la muerte de Pablo I. Herido en lo mas hondo del corazon callose el czar muy resuelto á vengar su ultraje. Asi, pues, helada Prusia, alentada Austria á sus excesos y agraviada Rusia, asistieron en tales disposiciones á los principios de nuestra lucha con Inglaterra.

Entonces se aprestó la expedicion de Boulogne. Napoleon pudiera organizar lentamente su marina, dirigir expediciones lejanas contra las colonias inglesas, y dejando tranquilo al continente mal dispuesto aunque intimidado, aguardar á que sus expediciones causaran daños sensibles á Inglaterra, á que nuestros corsarios afligiesen su comercio, y á que se cansara de una guerra en que podíamos poco en su contra, pero en que nada podia contra nosotros, siendo puramente continental nuestro tráfico por entonces. Mas este genio poderoso, el mayor superador quizá de dificultades físicas que ha existido nunca, se propuso coger cuerpo á cuerpo á Inglaterra, é hizo perfectamente, porque si á alguien podia ser lícito cruzar el estrecho de Calais con un ejército numeroso, á él era sin duda. Con efecto, al genio profundo de las combinaciones juntaba el genio fulminante de las batallas; sobre todo juntaba el prestigio que fascina á los soldados, y desconcierta al enemigo, y despues de operar la maravilla de cruzar el estrecho, aun podia llevar otra á remate, la de terminar la guerra de un solo golpe. Sus aprestos, que al fin no tuvieron resultado, siempre serán monumentos in-

mortales de la fecundidad en recursos para los militares y los administradores. Pero admirad la consecuencia de los caracteres! Este hombre, que tenía que vencer la mayor de las dificultades, la de pasar el mar con un ejército de ciento cincuenta mil soldados, y que necesitaba por tanto la completa inmovilidad del continente, este hombre audaz, habiendo ido a Milan a tomar la corona de Italia, por su autoridad sola declaró a Génova rebeldía al imperio. Acto continuo formose nuevamente la coalición europea. Rusia, herida en el corazón por el ultraje recibido del primer cónsul, a la par que ofuscada por las pretensiones marítimas de Inglaterra, había pensado ser mediadora, y no pudo menos de pedir la evacuación de Malta. Al saber la extensión de Génova ya no pidió cosa alguna, y alióse con Inglaterra y Austria, puso en movimiento sus tropas, y se prometió arrastrar consigo a Prusia al paso, a Prusia a la cual aún retenían la prudencia y la moderación de su monarca. Así desde este día el sesudo pacificador de 1803 se hizo provocador de una guerra general tan solo por no saber dominar sus pasiones!

Pero este hombre era un hombre de genio a lo Alejandro y a lo César, y la fortuna perdona mucho al genio y por largo espacio. No interrumpieron los aprestos de su grande expedición las amenazas del continente, mas fracasó por culpa de un almirante, y debióse tener a dicha, pues si se embarcara en el momento de pasar el ejército austriaco al Dan, muy posible fuera que mientras el primer cónsul se abriera el camino de Londres, se franqueara también el camino de París el ejército austriaco. Sea como quiera, su expedición quedó

aplazada, y lanzóse a semejanza de un león que de un enemigo salta sobre otro, y corrió en pocos días de Boulogne a Ulma, de Ulma a Austerlitz, abrumó a Austria y a Rusia, y despues vió a Prusia ya a punto de unirse a Europa, caer tremula a sus plantas y pedir perdón al vencedor de la coalición.

A contar desde entonces la guerra, a Inglaterra se convirtió en guerra del continente, sin que fuera de sentir, si bajo el aspecto político se obraba tan a maravilla como bajo el aspecto militar. Empuñando las armas las potencias del continente a favor de Inglaterra, nos proporcionaban un campo de batalla de que teníamos necesidad grande, un campo donde halláramos a Ulma y a Austerlitz, y no a Trafalgar. De consiguiente, no había por qué lamentarse. Mas despues de batirlas bien y de convencerlas de la nulidad de sus esfuerzos, se requería una conducta respecto de todas que no las excitara a comenzar nuevamente; se necesitaba castigar a Austria sin desesperarla, y aun consolarla de sus grandes infortunios, si cabía proporcionarle algun resarcimiento; se necesitaba abandonar a Rusia a su confusión, a la impotencia originada de las distancias, sin pedirle ni concederle lo mas leve; por último, se necesitaba en cuanto a Prusia no abusar demasadamente de sus faltas, ni burlarse tampoco mucho de su mediación fracasada, sino ponerla de manifiesto el peligro de ceder a las pasiones de pandillas, y atraérsela definitivamente agasajándola con algunos despojos ópmos de la victoria, y volver de seguida nuestras fuerzas triunfantes a Inglaterra ya privada de aliados, asustada de su aislamiento, acometida por nuestros corsarios, amenazada con una expedición

formidable. La razon dicta y los hechos prueban que no aguardara á que se viniera á ajustes con sus aliados batidos, para tratar por si tambien ella. De modo que se tuviera la paz de Amiens con ensanches.

Despues de Ulma y de Austerlitz se hallaba Napoleon en una posicion única para poner en práctica la politica sana y profunda de separar al continente de la Inglaterra, y forzar á esta última á la paz. Austria, habituada á luchar cinco años, tres por lo menos contra nosotros, viéndose invadida hasta Viena y hasta Brunn en el espacio de dos meses, perdiendo en un dia solo ejércitos enteros, compelidos á rendir las armas como el de Mack, no tenia ya idea de resistirnos, á no ser que se la arrastrase á la desesperacion hasta el último extremo. El jóven emperador de Rusia, que á la cabeza de los soldados de Souvarof habia creido posible representar un gran papel y lo habia hecho tan humillante, se hallaba sumido en abatimiento muy hondo. Prusia, que con los doscientos mil hombres de Federico el Grande y con propósito de dictar la ley se habia dirigido á Viena, estaba trémula y casi en ridiculo. ¡Cuán fácil y digno y hábil fuera mostrarse generoso con tales contrarios!

Sin duda no se podia ganar por amiga al Austria, y ya hemos dicho las razones, mas renunciando por aquella época á hacerla aliada de Francia, no convenia acibarar sus dolores y convertirlos en odio implable. En compensacion de los Países Bajos, de la Suabia, del Milanesado, de la clientela de los Estados eclesiásticos, se la habian donado los Estados venecianos. Arrebatárselos ya era duro.

Con todo, como la guerra no puede ser un juego que no cueste nada á los que la suscitan, se concibe que se la desposeyera de los Estados venecianos, aunque no se pudiera alegar decorosamente el motivo de emancipar la Italia, despues de tomar el Piamonte y de convertir la Lombardia en patrimonio de la familia Bonaparte. Mas al dejar al Austria sin Venecia, arrebatarla tambien á Trieste y la Iliria, cual Napoleon lo hizo entonces, privarla de toda salida al mar, reducirla á ahogarse en el seno de su territorio continental de esta suerte, era un rigor sin verdadera ventaja para nosotros y que no podia menos de desesperarla. No pararse en esto, arrebatarla tambien el Tirol, el Vorarlberg, los restos de la Suabia, para enriquecer á Baviera, á Wurtemberg, á Baden, pequeños y falsos aliados, que debian explotarnos para vendernos, era hacerla implacable. Para tratar así á las gentes ménester es matarlas, y no pudiéndolo hacer de este modo, solo se logra crear enemigos que á la primera coyuntura os asesinan por la espalda y con justo derecho.

Repetimos, que despojar al Austria de los Estados venecianos, consuelo único de todas sus pérdidas era duro, y sin embargo, resultaba de la tercera coalicion casi inevitablemente. La buena politica consistiera en proporcionarla alguna compensacion de este rigor irremisible. Uno expedito habia entonces, segun la manera con que se trataba al mundo, y estribaba en empujarla hacia Oriente y hacerla señora de las provincias del Danubio. En este caso cambiara la suerte de Europa, como que ya establecida Austria sobre el Danubio, su verdadero asiento, ganara mas de lo perdido, por